

## 15-La adolescencia, esa construcción sociocultural

Gloria Borioli

*Quiero saber qué me pasa.  
Te pregunto qué me pasa  
y no sabés qué contestarme,  
porque claro, de seguro te mareé.  
Con mis idas y vueltas  
te cansé con mi cámara lenta,  
y aunque trato, nunca puedo  
apurar mi decisión.*

-Miranda!-

### 1. Contextualizar la discusión: el binomio naturaleza/cultura

En *44 cartas desde el mundo líquido*, comenta Bauman que cuando Lévi-Strauss teoriza acerca del incesto en tanto “relación sexual humana que se puede pero no se debe practicar” (2011), está marcando un hito: el del nacimiento de la cultura.

Ahora bien, ¿de qué hablamos cuando hablamos de cultura?, ¿por qué pensamos la adolescencia como construcción sociocultural? <sup>i</sup> En su origen la palabra “cultura” designó siembra, cultivo, práctica, honra, cuidado (Corominas 1976). Sin embargo, a partir del siglo 16 su significado ha ido modificándose, renovándose por el uso, por las transformaciones sociales, por los hablantes; tanto ha cambiado lo que ese significante recubre, que hace ya más de medio siglo dos antropólogos recolectaron casi trescientas definiciones de cultura (García Canclini 2004).

Hay quienes afirman que puede conceptualizarse la cultura como opuesta a la naturaleza. En este sentido y en nuestro país, la aprobación de la ley de matrimonio igualitario en 2010 revitalizó en el discurso social extendido –y no solo entre los especialistas- el debate acerca del tradicional binomio *naturaleza/cultura*. En aquella oportunidad y a propósito de

opiniones conservadoras que tachaban la homosexualidad acusándola de antinatural, se debatió acerca de esa díada y de la frontera entre los términos. Es que hoy la complejidad de los procesos sociales impide continuar pensando el mundo desde pares de oposiciones (varón/mujer, micro/macro, blanco/negro, local/global, público/privado): en estos tiempos de formularnos muchas preguntas y de intentar algunas respuestas, ya no hay solamente binomios inconciliables, términos antagónicos, díadas insolubles, sino una extensa gama de grises, de preguntas, de incertidumbres. En aquellas discusiones mediáticas, una de las voces más impactante fue la del filósofo argentino Darío Sztajnszrajber, quien desde entonces ha protagonizado espacios televisivos interpeándose e interpeándonos acerca de qué hay en nosotros de cultural y de natural; al respecto declara que la naturaleza es siempre una construcción de sentido que el hombre hace situado en un contexto, y también que no hay moral en la naturaleza.

Numerosos son los pensadores que cuestionan las divisiones visibles y no visibles, los límites tajantes, las barreras fijas<sup>ii</sup> -no solo las que enfrentan naturaleza y cultura, sino también, por ejemplo, las que existen entre disciplinas o campos del saber- y, en cambio, se preguntan de quién es la frontera y a quién le sirve el alambrado simbólico que separa a unos de otros. En otras palabras, en estos tiempos de porosidad, de fluencia, de circulación, debemos interrogarnos acerca de supuestos básicos antes consolidados y hoy inciertos.

Desde tales puntos de partida y avanzado ya el siglo 21, muchas son las preguntas que surgen: ¿qué era y qué es un niño, un adulto, un anciano?, ¿cómo eran y cómo son las familias?, ¿qué significaba y qué significa ser adolescente?<sup>iii</sup>, ¿cuál era y cuál es la oferta identitaria de la escuela, de los (partidos) políticos, del Estado?

## **2. Complejizar la mirada. Algunos aportes de la antropología**

La creciente difusión de las tecnologías de información y las nuevas instancias en las que el adolescente constituye su subjetividad nos instalan hoy en una encrucijada de conflictos vinculados con consumos culturales y configuración de subjetividades. En efecto, en esta

época de nuevas palabras o de viejas palabras que dicen cosas nuevas, es imprescindible complejizar la mirada y acercarse al adolescente actual no sólo pensándolo como *actor social* -es decir, con capacidad para apropiarse de objetos simbólicos y sociales-, sino también como *sujeto de discurso* -o sea, con saberes y habilidades que le permiten referirse en actitud objetivante a las entidades del mundo-, como *sujeto de deseo* y como *sujeto de derecho*; y después, solo después -en una segunda etapa en algunos escenarios- como sujeto de aprendizaje. En otras palabras, la invitación es a pensar al joven como persona dotada de intereses, de capacidad de decir y de decirse, de usar sus facultades y luego, según los contextos de intervención, como alguien que toma los bienes culturales que la sociedad le ofrece.

Una de las pistas para pensar hoy la juventud procede de la antropóloga estadounidense Margaret Mead (1970), quien formuló una hipótesis acerca de los modelos culturales.<sup>iv</sup> Según su tipología, hay:

- *sociedades postfigurativas*, es decir aquellas en las que los niños se arman copiando a los mayores. En este modelo en el que los adultos son modelos de los jóvenes, los cambios en la comunidad son lentos y solamente ocurren cuando un pueblo emigra o se contacta con otro porque la autoridad de los padres y los abuelos (que conviven en una gran familia extendida tipo clan) es indiscutible;
- *sociedades cofigurativas*, o sea aquellas en las que se modeliza desde los pares, en las que uno aprende horizontalmente, con quien tiene una edad similar, con el de la misma generación: el que guía en este caso es el par porque los mayores no tienen los saberes necesarios para asumir las condiciones de vida de ese presente;
- *sociedades prefigurativas*, en las que el vínculo con el pasado se debilita y la mirada se pone en los niños y jóvenes, no solo porque saben más o saben primero sino también porque la familia es nuclear, ya que los abuelos suelen ser presencias no convivientes. Tal es el caso del desarrollo de tecnologías que dejan fuera del campo cultural a los adultos porque involucran transformaciones en las prácticas sociales, en las lecturas de la realidad, en los modos de vincularse. En este modelo

de sociedad pierden vigencia los esquemas de vida precedentes porque los patrones están en gestación, y la experiencia de los padres –su memoria de niñez y juventud– tiene un alcance limitado, por estar situada en un universo de coordenadas muy diferentes.

¿Por qué y para qué recuperamos esta tipología de Mead? Porque sirve para pensarnos y para pensar a los jóvenes, y porque una de sus conclusiones es que vivimos tiempos prefigurativos marcados por la desestabilización de certezas y el aumento de la distancia generacional. Por eso para nosotros la clave reside hoy en un diálogo genuino, en una escucha paciente, en una disposición a recibir al otro desde quién él es y no desde quien queremos que sea. En este sentido afirma Skliar (2009) que

la *crisis* generacional no es sino la ausencia de una conversación entre generaciones, o también la presencia de una conversación que termina demasiado rápido o, incluso, la existencia de una conversación ríspida hecha sólo de imperativos, de negaciones, de ofensas, arrogancias, desilusiones y negligencias.

Volviendo a Mead, hay otra clave para complejizar la mirada sobre la adolescencia en tanto construcción sociocultural que le debemos a su primer trabajo, publicado en 1928 como resultado del estudio realizado en tres aldeas de la Polinesia. Después de observar durante seis meses el comportamiento de sesenta y ocho chicas de entre ocho y veinte años, Mead llegó a la conclusión de que los conflictos vividos por las jóvenes estadounidenses no sucedían en Samoa, es decir que no se trataba de problemas biológicos, naturales, universales. La adolescencia no era en las poblaciones samoanas una etapa crítica signada por los deseos de rebelión contra la autoridad paterna. Tampoco había una necesidad de afirmación del yo ni una ni una eclosión de idealismo o religiosidad, sino una vida sexual serena y sin represiones que tornaba indoloro el tránsito de la niñez a la adultez y que tenía, desde luego, sus propias normas, unas normas que regulaban incluso los amores “bajo las palmeras”:

En el amor estrictamente clandestino el amante nunca se presenta en casa de su amada. Su *soa* [confidente, mediador y representante], en cambio, puede ir allí en grupo o con la excusa de algún recado o si no buscar la oportunidad de hablar a la joven mientras está pescando o cuando vuelve de la plantación. Su tarea es cantar el elogio de su

amigo, contrarrestar los temores y objeciones de la joven y finalmente concertar una cita. Estos lances son generalmente de breve duración, y tanto el muchacho como la joven pueden practicar varios a la vez. (1985)

Aquellas aldeas, que tenían sus códigos acerca del noviazgo, de las fugas de los amantes y hasta de los secuestros amorosos, funcionaban como grandes comunidades en las que el padre y la madre quedaban subsumidos en un colectivo extendido. Por lo tanto, el afecto del niño no se restringía a un par de sujetos y perdía importancia el apego a la pareja de progenitores, así que el afecto podía encauzarse hacia intereses afectivos más amplios; situación que constituye una apreciable diferencia con los modos de organización habitacional y familiar occidental.

Un tercer aporte de Mead (1982), que si bien no se acota a los jóvenes ayuda a desnaturalizar conceptos extendidos en occidente, se refiere a los rasgos y roles de género, variables según las culturas. De acuerdo con sus estudios realizados en tres sociedades “primitivas” de Papúa Nueva Guinea (Oceanía), la dominación masculina tiene lugar solamente en algunas aldeas de alta densidad poblacional. Y en cuanto a la tradicional asignación varón = agresividad y mujer = domesticidad, informa que mientras entre los arapesh, varones y mujeres son igualmente pacíficos y ambos se ocupan de la crianza de los niños, en el caso de los tchambuli los hombres invierten su tiempo en arreglarse y las mujeres trabajan.

En suma, estos tres aportes de Mead operan como mojones para redimensionar y reconsiderar el origen de los conflictos de los jóvenes y otras categorías culturales naturalizadas –como las vinculadas con los sexos-. De acuerdo con sus trabajos, el estrés occidental es evitable y la adolescencia no implica “naturalmente”, como suele creerse, una expectativa nueva, con sufrimientos y batallas por los ideales. <sup>v</sup>

### **3. Jóvenes en el espacio**

También la geografía social, la arquitectura y el urbanismo han desarrollado en las últimas décadas reflexiones que cuestionan algunos supuestos antes consolidados y contribuyen a pensar la adolescencia como una categoría en redefinición. Es que el crecimiento de las ciudades, el abandono del campo por parte de grandes masas que buscan trabajo en las metrópolis y la emergencia de nuevas configuraciones edilicio-urbanísticas tales como los barrios cerrados, los “countries” y las villas relocalizadas generan nuevos estilos de vida, nuevos modos de habitar la ciudad, nuevos modos de ser. Este proceso, iniciado en nuestro país en los años 90 durante la era menemista, incrementó fuertemente las desigualdades sociales y la inseguridad cotidiana, a tal punto que se habla de una “sociedad de riesgo” (Beck 2002). El peligro en las calles, el miedo, la despacificación, la percepción del otro como amenaza solo porque es diferente instituyen unos sujetos desconfiados, vulnerables, narcisistas, que a menudo restringen su territorio para evitar riesgos y eligen espacios cerrados. Estos usos de lo urbano se manifiestan en los medios, en el discurso social y también en la literatura, que da cuenta de unos habitantes de la metrópolis formateados por el achicamiento del mercado laboral y por las dificultades de inserción en los circuitos productivos; en estas urbes extensas a menudo nos vemos obligados al tránsito jadeante, a los intercambios fugaces y a la vida nómada. A propósito, leemos en la novela *Las plantas carnívoras* (De Santis 1995):

La única razón por la que seguía en el negocio inmobiliario era porque podía dormir en los departamentos que estaban en venta. Mi amigo me pasaba las llaves y yo iba de una punta a la otra de la ciudad; en un plano de la guía Peuser marcaba los lugares en los que había dormido con un círculo rojo. Cada noche miraba atentamente el mapa, tratando de adivinar en qué punto de la ciudad aparecería la próxima vez. Todas mis pertenencias en el mundo se habían reducido a un bolso negro de lona, donde guardaba una frazada, algo de ropa, un par de libros, un mate, una pava, y algunas cosas más. En los departamentos podía bañarme y lavar la ropa. No tenía casi nada, pero tampoco necesitaba más. [...] Aquellos departamentos vacíos se convirtieron en el lugar perfecto para mí: era como estar en el espacio exterior pero sin salir de la tierra.

Otro narrador, esta vez un cuentista, refiere el trabajo basura, las condiciones de vida en la ciudad y el impacto que esas circunstancias tienen sobre su cansancio, sobre su alimentación y sobre sus vínculos (Taborda Varela 2009):

No más de media hora para alimentar el cuerpo, este malogrado cuerpo en los comederos atrincherados de paseantes y comerciantes y peores vestidos. No más de 30 minutos libres después de haber pasado una década de horas, 600 y miles de minutos esclavos. Andá al frente, comé tranquilo le dice el jefe sin saber que la tranquilidad está sólo donde él no tiene acceso, quizás el paraíso.

Cruza la calle y atraviesa la puerta de un aposento plagado de hombres y mujeres y el mal augurio de saber que ya no quedan ni sillas ni mesas libres y voy a tener que seguir parado, comer parado que las piernas ya no me dan más y ni la lengua puedo descansar en estos treinta minutos fuera de las horas de látigos y balas y hostigamientos continuados.

Los jóvenes viven en una ciudad que alberga pero que también expulsa: una ciudad de la que ellos se apropian con su skate y sus graffitis, pero también una ciudad segmentada y fragmentada que no todos pueden transitar. Recordemos que el Código de Faltas en Córdoba, considerado anticonstitucional y opuesto a los tratados internacionales, posibilita a la Policía multar, arrestar, juzgar y sancionar algunas conductas tales como el merodeo. En otras palabras: la ciudad es de todos, pero es de algunos más que de otros. Y esas restricciones territoriales también forjan unas juventudes nuevas que a veces, por razones de distancia o de seguridad, prefieren los contactos mediados por las tecnologías a los encuentros físicos.

En Estados Unidos se ha investigado el fenómeno de los *screenagers* (= jóvenes de las pantallas), es decir adolescentes que pasan un elevado número de horas ante las pantallas de televisión, computadoras, celulares, videojuegos, etc. En Japón, el caso extremo son los *hikikomori*, chicos reclusos durante meses en sus habitaciones sin contacto alguno con otros sujetos. En Argentina, sobre todo en los sectores medios, un sondeo acerca de los consumos culturales y de los usos que los jóvenes hacen de las viviendas (Morduchowicz 2008) revela que el dormitorio se ha convertido para los jóvenes en un reducto personal donde los adultos no tienen cabida: las computadoras, la consola, el reproductor de DVD, el televisor, el I-Pod, el celular diseñan un entorno tecnologizado que posibilita acceder a las redes sociales, chatear, estudiar, escuchar música, videojugar, articulando la soledad con el estar-con-otros. Estos nuevos usos del espacio doméstico conllevan también nuevos lazos:

posibilitan resignificar las amistades -que en generaciones precedentes se constituían desde el compartir en presencia-, intervenir en intimidad –a tal punto que se habla del exhibicionismo del yo y del fin de la vida privada- y acceder a bienes culturales antes monopolizados por instituciones transmisoras del conocimiento, como la escuela y la universidad.

#### **4. Fronteras de la juventud**

En textos de hace algunas décadas la adolescencia se definía como una franja de vida entre aproximadamente los doce y los dieciocho años. En cambio Bourdieu (2002) postula que...

...las divisiones entre las edades son arbitrarias. [...] no se sabe a qué edad empieza la vejez, igual que no se sabe dónde empieza la riqueza. De hecho la frontera entre juventud y vejez en todas las sociedades es objeto de lucha [...] la representación ideológica de la lucha entre jóvenes y viejos otorga a los más jóvenes ciertas cosas que hacen que dejen a cambio otras muchas a los más viejos [...] Esta estructura, que existe en otros casos (como las relaciones entre los sexos) recuerda que en la división lógica entre jóvenes y viejos está la cuestión del poder, de la división en el sentido de repartición de los poderes. Las clasificaciones por edad (y también por sexo o, claro, por clase...) vienen a ser siempre una forma de imponer un límite, de producir un orden en el cual cada quien debe mantenerse, donde cada quien debe ocupar su lugar...

En ese ensayo el problema de la juventud se presenta en el contexto de las luchas sociales porque ser o no ser joven implica la posibilidad el acceso a distintas posiciones. Además, se establecen algunas precisiones con respecto a los significados, usos y sentidos de la palabra “juventud”, con respecto a la cual existen, por lo menos:

- una acepción biológica según la cual aunque la edad constituye un dato objetivo, es manipulado y manipulable socialmente;
- una acepción cultural, según la cual se fabrica un cierto modo de organización en torno al mercado escolar y laboral;



- una acepción sociológica, que señala un límite de edad con relación a prácticas culturales específicas.

Además, hoy se habla ya no de “la juventud”, sino de diversas juventudes: en efecto, el grupo de jóvenes se segmenta según sus consumos culturales, sus lenguajes y hasta sus cuerpos diferentes. Por eso plantea Barron (2005) que “no podemos hablar de una sino de varias adolescencias cruzadas por variables históricas, económicas, sociales, culturales, etarias, de género”. De ahí que múltiples y complejas estrategias de exclusión regulen los circuitos jóvenes con significados, dinámicas y territorios que les son propios. Esos agrupamientos y esas diferencias promueven a veces conflictos sectoriales en los boliches, en las escuelas y en los barrios, poniendo de manifiesto la fricción entre unos y otros grupos, entre los sujetos y el sistema, entre los jóvenes y los mandatos sociales.

Una clara manifestación de esta pluralidad, de esta imposibilidad de hablar hoy de “la juventud” está dada por los medios. Así, hay avisos comerciales que visibilizan unos jóvenes ganadores y felices, plenos y sonrientes, sanos y esbeltos, ligados al consumo de cierta vestimenta o de cierta bebida, usuarios de ciertas playas y practicantes de ciertos deportes; jóvenes confiables y exitosos que se yerguen como ideales a alcanzar. Y por otra parte, el discurso periodístico alimenta el prejuicio de la portación de rostro, el riesgo de los motochorros, la narrativa de la exclusión y la heterofobia. De ahí que al referirnos a los jóvenes-adolescentes sea central preguntarnos qué diferencias resaltamos y qué distinciones realizamos, y precisar si, en términos de futuros posibles, nos referimos, por ejemplo, a las ilusiones y los deseos de una joven estudiante universitaria de diecinueve años sin personas a cargo, con necesidades satisfechas y proyectos de formación profesional, o a la visión del porvenir de otra joven de la misma edad con un bajo grado de escolarización, que ya tiene cuatro hijos y vive de subsidios estatales en un asentamiento provisorio.

Otra consideración a tener en cuenta a la hora de procurar un acotamiento temporal de la juventud remite a la reciente e inacabada transformación de la familia; en otros tiempos caracterizada por la estabilidad y la permanencia, esa institución ha mutado y son muchos los factores que han generado esa transformación:

- los patrones de allegamiento, o sea los motivos para “sentirse familia” ya no son únicamente de sangre, sino también de elección;
- la pareja regula las necesidades personales no desde una mirada social impuesta, sino desde una construcción individual;
- los estudios superiores de grado y posgrado para obtener un rédito profesional y el modelo de “pareja cama afuera” facilitan la permanencia del joven en el hogar familiar;
- el fin del noviazgo por tradición o conveniencia libera la posibilidad de elegir un compañero y abre la alternativa de múltiples pruebas;
- el aumento de divorcios, de hogares monoparentales y homoparentales y de familias ensambladas modifica el panorama precedente de la familia.

Son estos cambios los que pueden llevar al joven a vivir más tiempo con sus padres, extendiendo así el período de “moratoria social” (Margulis 2008) durante el cual no se le exigen responsabilidades propias de generaciones precedentes, tales como criar hijos o tener un empleo y una pareja estables.

## **5. La ética y la norma. De la legalidad estatutaria a la legitimidad moral**

Con frecuencia algunas madres de alumnos de la escuela secundaria todavía juzgan la competencia escrituraria de sus hijos en términos de cumplimiento o incumplimiento de las normas ortográficas, descomplejizando así un conjunto de habilidades comunicativas relacionadas con factores cognitivos, emocionales, afectivos y epocales. Ahora bien, ¿cómo instalar la norma ortográfica en el aprendiz si lo que está puesto en cuestión en la sociedad es la norma en general? Ese estudiante, ¿por qué habría espontáneamente de respetar unas leyes gráficas vinculadas con la escritura cuando en el colectivo social, en las instituciones, en los adultos han caído tanto las regulaciones de quienes pueden ponerse sus propios límites y reconocer los efectos de la falta de códigos?

Esa actual crisis de valores en el modelo civilizatorio occidental pone en debate el conocimiento y el sujeto, los deberes y los derechos. Es que, “infxicados”<sup>vi</sup> por la estimulación de los medios y desorientados respecto del futuro, el joven y el adulto contemporáneos se preguntan dónde está la brújula, cuáles son hoy las reglas de juego, en quién se puede confiar; y en ese panorama atravesado por el temor, el extrañamiento y el conflicto, los actores sociales suelen perder de vista al Otro.

El Otro: el otro como sujeto de derecho, el prójimo cristiano, el semejante, el que merece mi respeto aunque no lo conozca, ese cuyo rostro es mi límite y de quien no debería desconfiar solo porque no lo conozco, ese Otro: ¿dónde está hoy?, ¿cuánto vale hoy?, ¿qué merece hoy? Entonces, desde el mundo adulto ¿con qué parámetros los jóvenes aprenden a darle lugar a ese Otro, a hacerlo real si el padre en lugar de decir “no robes, que está mal” puede decir “no robes, que te van a echar”? El avance de la moral pragmática sobre la moral ética en los ámbitos de formación, la corrupción escandalosa en los ámbitos políticos, los negociados económicos y los crímenes impunes son disvalores en los que las nuevas generaciones abrevan, transcurren, se crían.

Casos colectivos como los numerosos holocaustos –el de la Shoah y el de la guerra de Irak, por mencionar solo dos-, casos de grupos pequeños como los policías torturadores en Salta y casos individuales como el de Josep Fritzl (y sus hijos-nietos) en Austria nos llevan a preguntarnos dónde reside el avance de la civilización, en qué punto vamos a empezar a tener vergüenza. Los jóvenes crecen en esta sociedad fragmentada en pequeños agrupamientos que no se entienden ni se respetan, en una sociedad monetizada que clasifica según el consumo, que asigna posiciones y dirime ingresos según marcas de ropa, modelos de autos, generación de celulares: en una sociedad violenta y atrevida. Por eso exhorta Silvia Bleichmar (2008) a educar a los niños y jóvenes –y a autoeducarnos- no poniendo límites exteriores a la violencia, sino construyendo sujetos capaces de definir los límites de su propia violencia y reemplazando la legalidad por la legitimidad, o sea reemplazando la puesta de límites en tanto norma arbitraria por la construcción de límites en tanto norma necesaria.

## 6. ¿Enamorados de quién? Eros y Tánatos

Al analizar algunos rasgos del sujeto contemporáneo, algunos investigadores releen el mito de Narciso, poniendo la atención no solo en el subyugamiento de sí ante la imagen que le devolvía el reflejo en el agua, sino también en el hecho de que fue producto de una violación y también en su incomunicación con la ninfa Eco, que estaba enamorada de él; en suma, Narciso es un significante del autoerotismo, la violencia y la soledad.

En tiempos de narcisismo, ¿cuáles son los amores de los jóvenes?, ¿con qué afectos se sostienen? En la antigüedad egipcia había una imagen trifuncional del padre: era genitor, proveedor y educador. En la Biblia el padre es fundador de la genealogía, jefe del clan alrededor del cual se organiza un grupo social por él tutelado y regido. En el siglo 21, para los jóvenes, ¿qué son los padres? Según anécdotas de psicólogos clínicos, hoy estamos ante muchos casos de padres desautorizados que luchan contra el fantasma del autoritarismo del que tal vez –en el orden familiar o en el orden estatal- fueron víctimas, y que se desautorizan en su función, confundiendo dar órdenes con regular el goce. En otras palabras, fallan en su rol de ser primero capitanes y luego faros de sus hijos, fallan en el legado del lazo social, en la inscripción de la inexorabilidad del Otro que sí existe, fallan, en suma, porque al otorgar al hijo una responsabilidad que él todavía no puede regular, se autoeximen de responsabilidad. Entonces (“responsabilidad” viene del latín “responder”), si el padre desautorizado es un padre que no responde, que al hijo lo deja solo, el joven a menudo busca una inmediata satisfacción a sus pulsiones. Sin embargo, el límite le llega: o bien de la ley autorizada del padre o bien de lo real.

El adolescente procura preguntarse por su origen, situarse en un lazo de filiación y desplegar los deseos sexuales sin quedar atado al vínculo con sus padres, abriéndose a nuevas emociones; y con frecuencia esa búsqueda de estímulos fuertes lo conduce a situaciones de riesgo, como las drogas o la violencia. La representación de sí se torna confusa y el sujeto no sabe cómo gestionar su alboroto interno y su cuerpo cambiante, cómo tramitar sus pasiones y las pasiones de los otros. Y en ese momento a veces

sobreviene la angustia, la autoagresión, el Tánatos. En este sentido, informa un diario cordobés:

Argentina ocupa el primer lugar en el número de suicidios en América Latina en general y de adolescentes en particular, por lo que configura un grave problema de salud pública, infiriéndose por ello la necesidad de datos estadísticos en la ciudad de Córdoba para favorecer la toma de decisiones en cuanto a la prevención.

(La voz del interior 2011)

Y a propósito de la pulsión de muerte, desde Texas llega esta noticia reciente, protagonizada por un joven de 22 años, presumiblemente consumidor de la “droga caníbal”:

Un hombre que supuestamente estaba bajo la influencia de una droga sintética mató y se comió a un perro en Waco, estado de Texas, Estados Unidos [...] Michael Daniel, de 22 años, está acusado de comerse a un perro de unos 15 kilos, que se encontraba frente a una casa. El hombre golpeó y estranguló al animal y luego "comenzó a morder el perro, arrancando pedazos de carne"

(noticias.terra.com 2012)

Otra clave para pensar amores y dolores, penas y pasiones del adolescente tiene sede en las políticas del cuerpo, pensable por lo menos como:

- un cuerpo que es escenario de disputa de modelos estéticos –sobre todo vestimentarios y capilares- claramente signados por la pertenencia a un grupo, a un sector (los neohippies, los rockeros, los chetos, etc.);
- un cuerpo que se interviene con tatuajes, piercings y brands;
- un cuerpo a menudo sometido a la doble lógica de la inversión (la cosmética) y la privación (la dieta) para alcanzar un “capital corporal” que otorgue seguridad y garantice la rentabilidad de las interacciones;
- un cuerpo a veces castigado por desórdenes alimentarios;

- un cuerpo que en muchos casos excluye al sujeto porque es portador de estigmas de raza, de color, de volumen, de género;
- un cuerpo presentista, todopoderoso, que con frecuencia no evalúa los costos del placer.

Además, desde luego, es un cuerpo sexuado; un cuerpo que puede sufrir disforia de género y optar por sexualidades no hegemónicas. Y aquí hay otra categoría en redefinición. Porque, como afirma Rabinowicz (2009),

...la posición sexuada se construye, no nace con uno; no es un dato de entrada sino el resultado de un proceso [...] La anatomía es el destino. La anatomía humana no es biológica, no está jugada en el momento de la concepción, sino que se erige como un punto de llegada en un camino largo, difícil y plagado de desvíos transversales que para algunos humanos implican extravíos.

En otras palabras, la sexualidad es un proceso de transformación -del cuerpo, del deseo y del discurso-. El género en tanto construcción social sustentada en el sexo es una búsqueda y una ilusión que resulta de sucesivas identificaciones y que obedece a la imposición de un orden superyoico, social y hasta eclesiástico; en suma, de un orden cultural con unos ciertos intereses y unas ciertas lógicas. Por eso en el ámbito del cuerpo y del sexo la adolescencia es una etapa poco propicia para resolver estabilidades: porque los ideales y las identificaciones se resquebrajan y erosionan.

## **7. Unas prácticas que definen la adolescencia: los pares y la música**

La adolescencia es un período cada vez más extendido de la vida humana, signado por aspiraciones que se enfrentan con los deseos parentales y los ideales culturales; y en esa frontera chocan el empuje pulsional y la búsqueda de objeto sexual. Se trata de una etapa de reposicionamiento del sujeto consigo mismo y con el mundo externo.

Ahora bien, numerosos especialistas coinciden en analizar la música como el consumo que define el ingreso a la adolescencia. En algunos sectores,

... cuando un niño comienza a escuchar rock de un modo intenso y en contraste con lo melódico infantil, podemos asegurar que ha comenzado su adolescencia. Del mismo modo, cuando el rock como marca identitaria comienza a ceder su lugar de privilegio -salvo en aquellos que han de elegir la música como profesión o vocación- nos acercamos al fin de la adolescencia.

(Sahovaler 2009)

Al respecto plantea Trilnik (2006) que en el inicio de la adolescencia se despliega el proceso de consolidación de la identidad; es entonces cuando el sujeto se siente incomprendido, se desencuentra con su familia y busca salidas afectivas, habitado por emociones ambivalentes: omnipotencia/impotencia, soberbia/inocencia, ternura/odio, certeza/incerteza. Hacia el final de la etapa estas tracciones dan lugar a otra instancia en la que el joven se consolida en su identidad y se reconoce a sí mismo.

En todo ese transcurso hay prácticas sociales bien definidas, sobre todo la socialidad en fraternidad (Borioli 2010). En efecto, a causa del debilitamiento de las certidumbres laborales, de la falta de respuesta de la escuela a las necesidades de los jóvenes y del escaso acogimiento que la familia les brinda, un lugar de subjetivación central reside en el grupo de pares, constituido por unos “hermanos elegidos” que escuchan y acompañan, que protegen y sostienen. En otras palabras, ante la ausencia de instituciones sólidas, los chicos hacen de sus compañeros o inclusive de la calle -de la intemperie, de la esquina- su residencia, su hogar, su albergue.

Finalmente, en cuanto a los consumos culturales, resulta imprescindible considerar hasta qué punto las músicas y las letras de las canciones reflejan los sentimientos del joven y hacen consciente aquello que todavía no encuentra representación intrapsíquica, al verbalizar y musicalizar estados afectivos e inquietudes sexuales disruptoras del mundo adulto y del pasado infantil. Entonces, la disfonía de Calamaro o el desafinamiento del

Indio Solari o de Babasónicos entran en el mundo joven a través del grito, del barullo, de la revuelta, o sea de lo contrahegemónico.

## **8. Como para ir cerrando**

En vísperas de los Juegos Olímpicos 2012, un misterioso y prolífico artista británico autodenominado Bansky pintó graffitis en la ciudad de Londres, como una manifestación antirrepresiva, y así dio cuenta una vez más del potencial del arte callejero para denunciar hipocresías, ocultamientos y desigualdades. Este es una de las tantas ocurrencias en las que una manifestación estética propia de los jóvenes opera al servicio del señalamiento de algunos males sociales. Claro que hay otros casos, muchos otros casos, como los jóvenes madrileños indignados en la Puerta de Sol en 2011 protestando por la desocupación y los ajustes, los indignados de la movida “Occupy Wall Street” en Nueva York que por Internet y en la calle reclaman sus derechos, la convocatoria de “No más sangre” que en México lucha contra la violencia y tantos más. Es que los jóvenes tienen esa capacidad contestaria, esa fuerza revulsiva, ese afán transformador.

Por eso, para ir cerrando estas reflexiones, resulta útil pensar cómo se nombra y se califica a los jóvenes. Es un lugar común hablar de la adolescencia como una etapa de crisis en la acepción de desmoronamiento, de resquebrajadura, de quiebra. Lo que no es tan común es recordar que “crisis” en griego también significa separar, decidir, elegir, que “crisis” se refiere a algo que hay que analizar porque se rompió y que por eso solicita el razonamiento, el análisis, la reflexión. Entonces, de eso se trata: de repensar esa franja etaria de soldadura y de búsqueda en tanto construcción en constante redefinición, en tanto etapa de elecciones sexuales y vocacionales, en tanto concepto móvil y complejo atravesado por variables de procedencias sociales y de prácticas culturales. Y sobre todo se trata de pensar que más allá de las situaciones singulares, el adolescente es un sujeto que quiere y puede decirse, es un sujeto de deseo y de emoción, es un sujeto con quien merecemos encontrarnos.



---

<sup>i</sup> Siguiendo a Barrón y otros, utilizaremos aquí las palabras “adolescencia” y “juventud” como (casi) sinónimos.

<sup>ii</sup> Entre otros, Henri Lefèbvre desde la geografía social, Michel de Certeau desde la filosofía y Alessandro Baricco desde el periodismo y la literatura.

<sup>iii</sup> El vocablo *adolescencia* procede de *adulescens* que no significa adolecer en el sentido de dolerse, de padecer, sino crecer, transitar, pasar de una etapa a otra (Corominas 1976).

<sup>iv</sup> Los estudios de Mead rebaten la teoría precedente de Stanley Hall, quien distinguía:

- una etapa preadolescente (ocho a doce años), marcada por las tensiones y los conflictos, las vacilaciones y los impulsos propios del corte con la infancia,
- y otra de tempestad e impulso (doce a veinticinco años), con cambios físicos, psicológicos e intelectuales que generan estrés y contradicciones, de manera que el sujeto se torna turbulento, altruista y enérgico y simultáneamente desganado, egoísta y presuntuoso.

<sup>v</sup> A la hora de analizar la adolescencia, Edward Spranger prioriza los vínculos entre el sujeto y el contexto, la apropiación de valores, la inserción social y la elaboración de un proyecto personal. También Kurt Lewin pone el acento en la ideología, las representaciones y las actitudes y aborda la adolescencia no tanto como franja etaria sino más bien como un trecho vital caracterizado por cambios físicos, nuevas experiencias corporales, vínculos sociales y una cierta construcción de la noción de tiempo.

<sup>vi</sup> “Infoxicación” es un neologismo de creciente difusión en los medios, que se refiere a la intoxicación por información.

## **Biblio y sitografía**

### Artículos periodísticos

- “Preocupa la cifra de suicidios en Córdoba”. La voz del interior. Córdoba, 26.06.2011.
- “Nuevo caníbal mata a mordidas a su perro en EE.UU.” 27.06.2012. Obtenido desde: <http://noticias.terra.com/eeuu/aparecio-otro-canibal-pero-este-se-comio-a-un-perro.200a0781b4538310VgnVCM5000009ccceb0aRCRD.html> (fecha de consulta: 10.08.12)

Bacher, S. (2012): *Tatuados por los medios. Dilemas de la educación en la era digital*. Buenos Aires: Paidós.

- 
- Barrón, M. (2005): *Inequidad socio-cultural. Riesgo y resiliencia*. Córdoba: Brujas.
- Bauman, Z. (2011): *44 cartas desde el mundo líquido*. Buenos Aires: Paidós.
- Beck, U. (2002): *La sociedad de riesgo*. Madrid: Siglo XXI.
- Bleichmar, S. (2008): *Violencia social-violencia escolar. De la puesta de límites a la construcción de legalidades*. Buenos Aires: Noveduc
- Borioli, G. (2010): *Escombros [de sentido]. Raperos cordobeses: identidad y cultura*. Córdoba: Alción.
- (2011): "Calibanes y talismanes. Acerca de las hablas jóvenes y las hablas de los jóvenes". En *Mediodicho – Revista anual de psicoanálisis. Lo que hablar quiere decir*. Nº 37. EOL sección Córdoba.
- Bourdieu, P. (2002): "La juventud no es más que una palabra". En: *Sociología y cultura*; México, Grijalbo-Conaculta.
- Corea, C. y Lewkowicz, I. (2007): *Pedagogía del aburrido. Escuelas destituidas, familias perplejas*. Buenos Aires: Paidós.
- Corominas, J. (1976): *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos.
- De Santis, P. (1995): *Las plantas carnívoras*. Buenos Aires: Alfaguara.
- García Canclini, N. (2004): *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Barcelona: Gedisa.
- Janin, B. (2011): "Los adolescentes, riesgos y aperturas posibles". En *Actualidad Psicológica*, Adolescentes en riesgo, Año XXXVI, nº 394. Buenos Aires.
- Lerner, H. (comp.)(2003): *Psicoanálisis: cambios y permanencias*. Buenos Aires: Del zorzal.
- Margulis, M. y otros (2003): *Juventud, cultura, sexualidad. La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires*. Buenos Aires: Biblos.
- (ed.) (2008): *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Biblos.
- Mead, M. (1970): *Cultura y compromiso*. Buenos Aires: Granica.
- (1982): *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*. Barcelona: Paidós.
- (1985): *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. Buenos Aires: Planeta-Agostini.
- Morduchowicz, R. (2008): *La generación multimedia. Significados, consumos y prácticas culturales de los jóvenes*. Buenos Aires: Paidós.
- Piña Narváez, Y. (2007): "Construcción de identidades (identificaciones) juveniles urbanas: movimiento cultural underground. El hip hop en sectores populares caraqueños"; en: [http://biblioteca\\_virtual.clacso.org.ar/ar/libros/campus/mato/Narváez.pdf](http://biblioteca_virtual.clacso.org.ar/ar/libros/campus/mato/Narváez.pdf)

- 
- Rabinowicz, E. (2009): "Identidad y sexualidad". En *Actualidad Psicológica*, Nuevas sexualidades, año XXXIV, n° 378. Buenos Aires
- Reguillo Cruz, R. (2000): *Emergencia de las culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Buenos Aires: Norma.
- Sahovaler, J. (2009): "La revolución del wincofon". En *Actualidad Psicológica*, Cambios en la adolescencia, año XXXIV, n° 373. Buenos Aires.
- Saintout, F. (2009): *Jóvenes: el futuro llegó hace rato*. Buenos Aires: Prometeo.
- Skliar, C. (2009): "Del miedo al contagio generacional". En Revista digital *Todavía* n° 21. Obtenido desde: <http://www.revistatodavia.com.ar/todavia21/21.entregeneraciones01.html>
- Taborda Varela, J.C. (2009): "Arroces como balas". En Lardone, L. (comp.): *Es lo que hay. Antología de la joven narrativa en Córdoba*. Córdoba: Babel.
- Trilnik de Merea, A. (2006): "La terminación de la adolescencia". En: Rother Hornstein, M.C. (comp.): *Adolescencias: trayectorias turbulentas*. Buenos Aires: Paidós.
- Urresti, M. (2008): *Ciberculturas juveniles. Los jóvenes, sus prácticas y sus representaciones en la era de Internet*. Buenos Aires: La crujía.
- Vasen, J. (2008): *Las certezas perdidas. Padres y maestros ante los desafíos del presente*. Buenos Aires: Paidós.